

Alma máter, contigo en la distancia

Carlos Arozamena Guillén

Profesor jubilado de la División de CyAD
avenux@yahoo.com

DOY FORMA A ESTE ensayo por invitación de la revista *Espacio Diseño*, en una convocatoria poco usual en su forma, ya que por la emergencia sanitaria que sucede en este momento en el planeta, la humanidad está en un *impasse*.

Es la pascua del año 2020, y mucha gente está encerrada en su casa, esperando a que pase la emergencia. Las actividades en México están suspendidas en gran parte y, en muchos casos, ralentizadas a su mínima expresión, incluida la UAM. Esto da al ambiente un toque monástico, en especial por la temporada, ya que las actividades de la semana santa están sucediendo de maneras inéditas, evitando al máximo que la gente se congrege. Las dos iglesias de mi colonia permanecen mudas desde el inicio de abril. No más campanadas, no más llamadas a misa, no rezos por altavoz. Hay, para mi regocijo, silencio y verdadera paz. En este contexto, voy a compartirles algo de mi historia que, para los fines expresados en la invitación, consistirá en describir mi experiencia como estudiante que fui de la UAM Xochimilco y también como profesor investigador de la misma unidad académica. Tengo plena conciencia de que esta narración para casi nadie podría ser interesan-



te, excepto para mí que la escribo. El peligro de un viaje egocéntrico al pasado acechará cada párrafo, peligro que usted, amable lector, ya no ignora.

Mi experiencia estudiantil

Ingresé a la UAM un lunes 19 de septiembre, para el trimestre 1977/Otoño. Egresé como diseñador industrial un martes 13 de abril, del trimestre 1982/Invierno. Pertenezco a una de aquellas generaciones que solíamos decir “nos hicieron a mano”. Con el tiempo, veo que lo más valioso de mi formación profesional en la “casa abierta al tiempo” fue haber aprendido a aprender. Mas no



Mtro. Carlos Enrique
Arozamena Guillén.
Foto por:
Espacio Diseño.

llegué así proveniente de la preparatoria. ¿Qué pasó cuando llegué a la UAM Xochimilco? De repente se me pidió pensar, organizar mi trabajo, decidir por mí mismo. Eso yo no lo sabía hacer, pues las escuelas tradicionales donde estudié no me prepararon para ello. Tenía idea de ser diseñador, me gustaba dibujar, aprendí bien la ortografía y la redacción desde la primaria, pero ¿pensar críticamente?, ¿qué es eso?

Nuestro grupo fue pequeño: iniciamos cerca de 30 y nos graduamos 13. Casi todos éramos muy alegres e inquietos. Los docentes de la carrera se referían a nosotros como el *kindergarten*, lo cual da una idea de nuestro comportamiento; sin embargo, siempre nos trataban, con cercanía y afecto, además, nos dedicaban la atención necesaria. Entre mis docentes de quienes guardo los mejores recuerdos, y a riesgo de que se me pase alguien, diré que recuerdo con gratitud a Roberto Donoso, Martha de la Mora, Michael Jacobs, Ana Martínez, Tere del Pando, Héctor Marcovich, Raúl Eguía Malo, Juan José García Castellanos, Antonio Abad, Pablo Raeder, Carlos Cadena, Sergio Chiappa, Josefina Reséndiz, Gabriel Domínguez, Javier Santacruz, Guillermo (Memo) Arias Buerba, Mario Stoute, Jesús (Chuy) Virchez Alanís, Dean Kistler y Luis Romero Regús. En los talleres, Carlos Téllez, Luis Eibenschutz, Roberto González, Lino, Rogelio, Alejandro y el maestro Watty. Recién formados en el entonces novedoso *Sistema Modular*, nuestros docentes se parecían más a una guía *Montessori* que a un típico catedrático universitario. Estábamos inmersos en la llamada etapa fundacional de la UAM, años antes de que hiciera su aparición el cansancio y *burn-out* (síndrome de agotamiento) que hoy día pesa sobre buena parte de la planta

docente. El salario de profesor de tiempo completo alcanzaba bien para llevar una vida digna y nuestros docentes no tenían necesidad de concursar y desgastarse para obtener los “estímulos y becas” actuales. Encima de todo, estaban tan contentos como nosotros de formar parte de aquél nuevo proyecto universitario, parteaguas en el sistema educativo nacional.

Asistir al recién abierto campus de la UAM, entre pastizales, vacas, grillos y borregos, tan cerca de los canales de Xochimilco, era un placer. Como estudiantes de las primeras generaciones, nos tocó estrenar cada nuevo edificio que se construía para llegar finalmente a los Talleres de Diseño Industrial, considerados entonces como los mejores de América Latina, un verdadero orgullo. Nos divertíamos mucho; pues dedicábamos, siendo honestos, menos tiempo a los deberes y más tiempo a disfrutar la compañía de compañeros y amigos en los jardines, la cafetería y el hoy extinto *Salón Naranja*, un espacio alfombrado de piso a techo en ese color, con ventanas de vidrios polarizados, un buen sistema de sonido, cojines regados por doquier y la música que quisiéramos escuchar. Dedicado exclusivamente al relajamiento, solaz y esparcimiento de la comunidad uamera, ese espacio fue testigo de historias fascinantes que sucedían —y se quedaban— ahí. Doy fe. Sólo cuando el final del trimestre se aproximaba, es decir al llegar la inevitable semana nueve, comenzábamos a trabajar tiempo completo, en forma —y en chinga— la verdad sea dicha, para no reprobar ningún taller ni apoyo.

Así fue la primera mitad de la carrera. Fui haciéndome más responsable y concentrado en lo que se supone un estudiante universitario debe concentrarse, poco a poco hacia el último año.

Recuerdo que en aquel idílico periodo fundacional, los grupos de docentes que operaban cada módulo realmente eran equipos. Los estudiantes sabíamos que todos ellos se comunicaban diariamente y que los contenidos que cada quien manejaba estaban íntimamente relacionados entre sí, y con el proyecto modular de investigación y diseño, eje rector del proceso. Presenciábamos sus reuniones de trabajo y las discusiones que tenían para llegar a acuerdos sobre cómo llevar a cabo el módulo, a qué contenidos dar prioridad y qué calificación asignar a cada estudiante, la cual era presentada de forma transparente, explicada y discutida con amplitud en caso necesario. Teníamos claro que al menos una vez por semana estaríamos un par de horas en el aula todos juntos: los cuatro, cinco o seis docentes, junto con el grupo a su cargo, para revisar los avances. Ellos conocían perfectamente por nombre y apellido a cada estudiante. Si había algo por ahí que no estuviera funcionando, se corregía el rumbo. Mi equipo de proyecto terminal (lo que equivale a la tesis en universidades tradicionales) obtuvo el primer premio en el último concurso nacional de diseño que Fonacot (hoy Infonacot) convocó en 1982, y ese año Diseño Industrial UAM-X arrasó con los premios. Dicho reconocimiento me abrió puertas que, sin proponérmelo ni buscarlo, me revelaron lo que yo haría como profesional: ser maestro.

Después de tantos pormenores, quien esto lee podrá preguntarse ¿y qué le ha dejado a este cuate el ser egresado de la UAM Xochimilco? Sintetizo: además de los conocimientos propios del campo, pude desarrollar mi creatividad personal y aprender a pensar por mí mismo. Aprendí a resolver problemas tanto de

forma individual como colectiva. La Universidad me dio la capacidad de buscar un ejercicio de la profesión acorde con mis ideales, valores y forma de ser, en vez de ajustarme a un molde preestablecido de profesionista. Como diseñador independiente, he trabajado en variados campos, pero elegí la profesión docente entre todos, porque encontré en mí una profunda vocación de servicio, la cual, al titularme, yo no sabía que tenía, pero que la UAM Xochimilco me ayudó a cultivar sin entonces saberlo. Descubrí además que la vida me concedió un gran lujo que muchos no tienen: el de tenerle amor a mi trabajo.

Mi experiencia como profesor-investigador

No es fácil sintetizar tantos años en unos cuantos párrafos, más todavía cuando la docencia fue para mí no sólo un empleo, sino algo que disfruté enormemente a pesar de descubrirla casi por accidente. Les cuento: una vez fuera de la universidad, título en mano y desempleado, me ofrecieron dar clases por la renuncia de algún docente de enseñanza técnica en el hoy llamado Cetus 2 de la SEP, a través del profesor Guillermo Arias. Acepté de inmediato, pensando que sería temporal, mientras encontraba algo mejor. La “temporalidad” terminó abarcando 35 años de mi vida. Después de trabajar para la SEP, y luego para la Universidad de Guadalajara, regresé a tocar las puertas de la Casa abierta al tiempo, las cuales se me abrieron de par en par en 1987, gracias a Josefina Reséndiz y Gabriel Domínguez, quienes al igual que Memo, conocieron mis capacidades durante mi época estudiantil. Ellos me apoyaron y orientaron sobre cómo ingresar a las filas

docentes de la División de Ciencias y Artes para el Diseño, en las cuales me instalé de manera definitiva en muy poco tiempo.

En aquél entonces, el campus de la Unidad Xochimilco estaba aún inconcluso. Los sismos de 1985, que casi lo destruyeron, dejaron huella permanente en los edificios, que habían sido rehabilitados y reestructurados con inmensas columnas de concreto en forma de muros. Todavía proseguían los trabajos de reparación, cuando ingresé como académico. Me tocó seguir estrenando edificios conforme la Unidad Xochimilco iba cobrando forma hasta mudarnos a lo que hoy conocemos como el *Claustro CyAD*.

Trabajé durante cinco años en el Tronco Específico de la Licenciatura en Diseño Industrial, donde impartí docencia desde el cuarto al doceavo trimestre. Mi involucramiento con la carrera me llevó a ocupar el cargo de coordinador, en el año 1991. Ahí me di cuenta de que no era lo mismo ser un estudiante privilegiado “hecho a mano” de los primeros tiempos, que un joven coordinador sorprendido al ver que estaba desvaneciéndose aquél sueño fundacional colectivo. Enfrenté resistencia y cansancio en la planta docente, ya no tan dispuesta a trabajar como antaño; había ahora profundas divergencias que tenían orígenes teóricos e ideológicos, pero que con el tiempo se habían convertido en rencillas personales. Todo esto se reflejaba en grupos de estudiantes apáticos, defensivos, incrédulos, hartos de ser objeto de abuso académico, entendido éste como el hecho de que los antiguos equipos de colaboración docente, ahora separados por sus antagonismos, se dedicaban a “dar su clase” de manera aislada, exigien-

do cada cual como si fuera el único docente del módulo y su materia la más importante. frustrante y decepcionante experiencia para mí, de ahí que en 1992 le pedí al arquitecto Raúl Hernández, entonces el director de la División, que me cambiara en la docencia para atender al primer ingreso, en el TID, Tronco Interdivisional de la Unidad, que opera el Módulo *Conocimiento y Sociedad*. El cambio vino a refrescar mi experiencia como docente y como profesor-investigador. Fue la mejor decisión para mi permanencia en la institución, de otra forma me habría ido.

El ambiente académico en el TID era totalmente otro: se parecía aún a aquél que yo viví cuando estudiante. Los principios del Sistema Modular eran aún la base teórico-metodológica sobre la cual desarrollar los procesos en el aula. Me reencontré con la experiencia con la que yo había cursado la licenciatura, pero ahora *desde este lado de la ventanilla*, como solía comentar con mis colegas. Como suele decirse, de ahí fui por 25 años más. Confieso que me negué varias veces ante colegas y estudiantes muy apreciables que me pidieron regresar a Diseño Industrial. Alterné mi docencia entre el TID y el Tronco Divisional CyAD. Me enamoré de esos espacios que conservaban esa filosofía de un sistema educativo que privilegia el trabajo docente en equipo, buscando que el estudiante libere su potencial intelectual y creativo, además que se sienta en la UAM Xochimilco como en su casa, es decir que se integre al medio académico universitario.

Al trabajar sobre los contenidos de *los troncos*, como suele llamársele a los tres primeros trimestres de las licenciaturas en esta Unidad, llegué a comprender el verdadero sentido de que la

UAM nos contratara como profesores investigadores y también le di sentido a mi permanencia en ésta. Construí, a partir de la experiencia en estos espacios educativos, el marco teórico de mi investigación, desarrollé una tesis de posgrado y me encaminé a procurar el desarrollo de la creatividad e inteligencia de mis estudiantes y la mía propia. Establecí relaciones de colaboración en la investigación con quienes fueron mis pares o mancuernas frente a grupo, especialmente con Malena Rodríguez Lara en el TID y Luis Porter Galetar en el TD. Con ellos, no sólo compartí el aula, sino también múltiples proyectos y experiencias en la investigación educativa. Hoy, con gratitud, los cuento entre mis amistades más apreciadas, ya que a su lado comprobé que la docencia es un acto de amor y no sólo un acto de la razón. En la investigación, mucho de lo que escribí y publiqué con mis colegas en colaboraciones para revistas, libros, congresos y foros académicos tiene su fundamento más sólido en esta idea. Se trata de una dimensión más allá de las teorías educativas, pues combina teoría con la experiencia. Lograr lo descrito requiere una alta dosis de congruencia entre pensamiento, palabra y acción, de ahí que puedo afirmar:

La docencia sin amor, como muchas otras facetas de la vida humana, no tiene sentido.

Ese amor lo alimenté con mi propia actitud, con la sana colaboración con mis colegas y con la alegría de los jóvenes de reciente ingreso, quienes manifiestan un orgullo de haber entrado al nivel superior, de haber sido admitidos en una de las mejores universidades públicas de México, de saber que están



por fin en donde querían estar. Muy pocos estudiantes, afortunadamente en mi experiencia, estaban ahí por obligación; la mayoría llegó por gusto y vocación. Esta energía y entusiasmo es contagiosa. Puedo decir que fui muy feliz siendo docente: y mis estudiantes lo percibían. Me lo decían con frecuencia en la evaluación trimestral de la Rectoría.

Participé en numerosas y variadas comisiones y proyectos, que me permitieron conocer las normas y la estructura de la UAM, así como el sentido que mis colegas expresaban hacia ella. Creo que la docencia en equipo y las comisiones académicas son la forma de colaboración que más permite conocer a los colegas tal y como son; también, su actitud hacia el trabajo y la institución. Larguísima sería la lista de personas con quienes me unieron lazos de afecto a través del trabajo conjunto, por ello me abstendré de listar nombres. Si alguien de mis colegas académicos y administrativos con quienes colaboré llega a leer estas líneas, sabrá a cuáles y a quiénes me refiero, y quienes se convirtieron en mis amigos lo saben también. Una de las ventajas de que la División de CyAD sea de las más pequeñas de la Unidad es que todos



Fotografía 2:
De izq. a der: Mtro. Carlos Enrique Arozamena Guillén, la Dra. María Elena Rodríguez Lara y el Dr. Luis Porter Galetar. Cortesía de Mtro. Carlos Enrique Arozamena Guillén.

nos conocimos tarde o temprano, de cerca o de lejos: todas aquellas personas a cuyo lado trabajé, tienen un lugar en mi corazón. Evité buscar un cargo de gestión o político en la UAM, ya que sentí que esa parte de la vida universitaria no era para mí. Pienso que es para quienes tienen un carácter mucho más fuerte que el mío y más necesidad de dirigir o sobresalir. Intuitivamente, supe desde el inicio que mi compromiso con *la educación y la verdad* es más importante que el compromiso con una persona, un grupo de poder o incluso una institución. Tuve claro en todo momento que la Universidad fue la entidad que me cobijó y apoyó en mi vocación durante más tiempo; entendí que es responsabilidad compartida de todos cuidarla y mejorarla constantemente, de ahí que siempre la puse por encima de cualquier interés personal. Pueden sonar arrogantes estas palabras, pero pronunciadas desde la jubilación, expresan la reflexión que el escribir este ensayo me permite; si quien lee, así lo capta, también son un consejo. El balance es indescriptiblemente positivo para mi vida personal y profesional. Solo la gratitud cabe ahora.

Epílogo

En mi memoria, y en muchos espacios de la Unidad Xochimilco quedan mis experiencias, sentimientos y recuerdos. Desde los espacios amplios y luminosos de muchos de los edificios, hasta las olvidadas “aulas provisionales”, también llamadas galpones o gallineros, por las que durante tantos años transité como estudiante y luego como profesor. Al principio, esos gallineros fueron la sede de aulas, talleres, laboratorios, oficinas, cafetería y todo lo que se necesitara. Aún quedan por ahí, a un lado del Claustro de CyAD, un par de los originales. Frecuentemen-

te, al pasar cerca, yo recordaba aquel *Salón Naranja*, que hoy existe sólo en la memoria de quienes lo vivimos y en un par de fotografías que la Rectoría de Unidad saca a exhibir de vez en cuando. Si algún día deciden restaurar y acondicionar uno de esos gallineros para darle nuevamente existencia a ese mítico lugar, ¡no dejen de avisarme por favor! Insistí en ello cada vez que hubo oportunidad... evidentemente, sin ser escuchado.

Finalmente, una nota íntima: hace poco más de 20 años que escribí las ideas que originan la primera sección de este documento, que habla de mi experiencia como estudiante. Originalmente las había escrito para participar en el Encuentro de los Troncos Divisionales, Unidad Xochimilco, al que nunca llegué, pues ocurrió el fallecimiento de mi madre, el 13 de abril de 1998, fecha coincidente con el aniversario de otro suceso que mencioné al principio de esta narración: el de mi egreso de la UAM Xochimilco.

El título original fue *Para mi madre, en sus bodas de plata*. Tenía un doble sentido, pues el suceso mencionado era preparatorio para organizar el año de festejos por el vigésimo quinto aniversario de la UAM, a ocurrir en 1999 y de la División de CyAD, en 2000. La oportunidad de revisarlo y sacarlo a la luz ahora en el cuadragésimo quinto aniversario de la Universidad, paralelamente al de la División, y la fecha actual, me resulta significativa. Dedico este texto con amor a la memoria de Yolanda, mi madre física, y también a la UAM, mi *alma mater*.

Feliz XLV aniversario, Universidad Autónoma Metropolitana. Larga vida a ti y a la educación pública en el mundo.

